

La orquesta de la pandemia

El mundo está paralizado, mi mundo está paralizado. Todos los días son una puesta en escena de la más loca obra de teatro, donde la música de ambientación es una mezcla del sonido de un monitor cardíaco, llantos y dolor. Con cada paso que tomamos un nuevo enigma aparece, dando lugar para cuestionar cualquier principio o idea formada. Todos nos enfrentamos ante un mismo enemigo, pero ninguno lo conoce y así, terminamos confrontándonos unos con otros. Sin embargo, no hay lugar para el miedo. La realidad del hospital me despierta de mis únicos veinte minutos de sueño.

- ¡Doc., creo que se está desmoronando! – Me gritaba la enfermera desde la habitación de al lado.

Corrí lo más rápido que pude, aunque no fue suficiente. Por la pequeña ventana de la puerta vi como la mujer le sostenía la mano a través del plástico a la paciente mientras sus latidos se desvanecían en segundos. Algo que la facultad de medicina no cubrió. La hija de alguien, la madre de alguien había dejado el mundo involuntariamente, sin la posibilidad de despedirse de sus seres queridos; y el día recién comenzaba.

Ordené que informaran el fallecimiento y salí a tomar aire, sin olvidarme del barbijo, para luego de ventilarme (Ventilar mi mente, mejor dicho) poder volver al trabajo. Caminé por las calles de La Plata como si fuese un niño. La primavera apenas iniciaba y las flores del Jacarandá estaban en su punto máximo de belleza, llevándose toda mi atención, o la mayoría de esta. Me detuve para observarlas mejor, hasta que una llamada telefónica me interrumpió, era la señora que cuida de mi abuelo. Contesté con normalidad, tranquilo, pero ella estaba totalmente diferente. Lo que tanto me consternaba, había pasado.

Otra vez me encontraba corriendo, ahora devuelta hacia el hospital. La obra continuaba, la música aumentaba. Mi cabeza ardía como nunca, mis manos temblaban

manifestando, tal vez, los latidos de mi corazón y mi agitada respiración, sentía el peso de mil ladrillos en el pecho, y con el apoyo del agotamiento que el turno de 36 horas me había provocado y el hambre de días, caí extendido en el piso.

Empecé a abrir los ojos de a poco. Me sentía como los recién nacidos en el sector de pediatría, sin los insoportables gritos, claro está. Todo era blanco y brillante. Había un característico olor a humedad fusionado con el típico aroma a viejo; ni en mis largos cuarenta y cuatro años de vida logré diferenciarlos. Abrí repentinamente ambos ojos, lo cual fue una mala idea considerando el ardor que persistía en mi cabeza y que quizás aumentó por el golpe que me di al desmayarme sobre la vereda de adoquines. Seguí observando, esta vez de a poco, y me di cuenta de que conocía ese olor, y conocía ese lugar ¡Estaba en el hospital!

Bajé la mirada con dificultad. Tenía todos los dedos, no sé por qué, pero lo tomé como una buena señal. Las muñecas, intactas. En el antebrazo estaba el problema. Me habían administrado suero y oxígeno, de manera poco profesional para mi gusto. Continuaba con el intento de reinsertarme en la realidad cuando una fuerte tos seca hacia audiciones para poder formar la orquesta de la pandemia junto con el dolor y el llanto. Hice un poco de fuerza y logré girarme sobre mi lado derecho para ver de dónde provenía ese carraspeo... era mi abuelo. Parecía una de esas computadoras que tanto odia de la cantidad de cables que entraban y salían de él. No obstante, una sonrisa se dibujaba de punta a punta en su cara. La sonrisa se volvió contagiosa. Mientras, preguntaba por el médico. Me resultaba gracioso como en casa siempre creía que yo era su doctor y preguntaba por su nieto, o eso hacía antes de que los propietarios del edificio me echaran con la excusa de que “estaba en contacto con contagiados”, y lo tuviera que dejar completamente a cargo de su cuidadora.

Lo que ahora se me había contagiado era la tos del principio, que del mismo modo volvió a él, y al compás de nuestras gargantas saliendo por nuestras bocas apareció el verdadero médico con malas noticias, pero yo no podía dejar de revivir en mi mente una y otra vez esa sonrisa que mi abuelo me había regalado.

Desde que tengo memoria somos el, yo y su violín. Cuando todavía recordaba sus anécdotas de joven, me contaba como con sus presentaciones llenaba la pulpería del barrio todas las noches. Con el tiempo, el simple hecho de preguntar sobre el pasado lo

ponía de mal humor o agresivo; y en los últimos años, y solo en sus días buenos, recuerda cosas concretas como que almorzó o el año en que la abuela murió.

Él fue la razón por la cual decidí estudiar medicina.

A mis trece años le diagnosticaron Alzheimer. Pasé toda mi adolescencia cuidándolo, trabajando para llegar a fin de mes, y en salas de espera de hospitales. Son tantas las incontables horas que gasté sentado en sillas de plástico leyendo revistas médicas para poder cuidarlo como se merece que, de alguna manera, me terminé encariñando con los hospitales. Y ahí estábamos, como si el tiempo no hubiese pasado.

Estuvimos internados quince días almorzando, merendando y también cenando comidas insípidas; comienzo a creer que los enfermos terminan con pérdida del gusto después de una internación. Nos despertábamos temprano para sumergirnos en un mundo alterno donde las agujas y los pinchazos reinan. Las tardes no estaban tan mal; jugábamos al truco o mirábamos las dramáticas telenovelas vespertinas. Pero las noches se llevaban el premio mayor; a las 21hs nos parábamos frente a la ventana que daba a la calle mientras el abuelo tocaba su violín y los vecinos aplaudían al personal de salud, aunque nosotros creíamos ciegamente que eran para él.

En esos días, recibimos los resultados del hisopado con diagnóstico positivo para los dos. En ocasiones parecía que perdíamos la guerra, sin saber que solo era otra batalla de la vida. Si bien fue duro e inesperado, nos encontrábamos en nuestra última noche en el hospital. Nos paramos una vez más frente a la ventana y el abuelo tocó nuevamente su violín con los aplausos de fondo. Ahora todo estaba bien, y la orquesta de la pandemia tenía un nuevo significado.